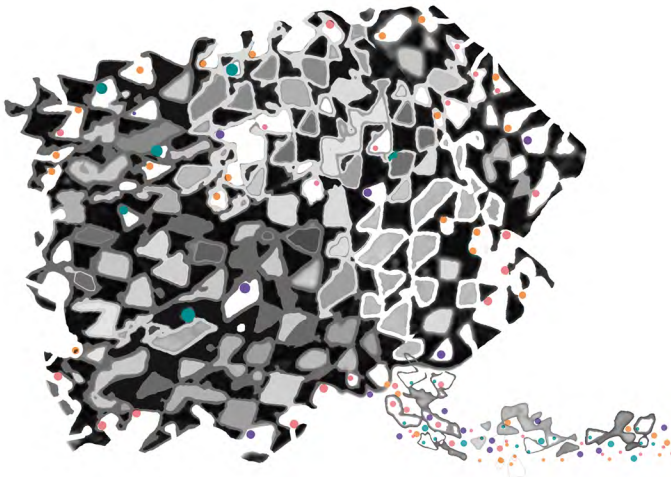


LA VIDA EN BLANCO Y NEGRO

EDISSON SANTIAGO AVENDAÑO
RODRÍGUEZ



Nunca había tenido alas, o por lo menos no habían sido visibles.

Mario Benedetti

Como de costumbre al llegar a casa, Marcus se quitó el abrigo y puso a calentar la cafetera, repasó la alacena sin estar buscando algo en concreto, sólo perdiendo el tiempo hasta que el café por fin estuviera; finalmente, como todos los días, se sentó en su mesa a escribir después de un aburrido día.

Maya repasaba con los dedos sus labios, evocando el sabor de los besos salados que nacían como las olas del mar. Revivía una tarde de playa, abrazos comprometedores y cuerpos semidesnudos. Marcus le había propuesto matrimonio, irían a hablar con sus padres para pedir su mano. Lo que Maya más anhelaba en la vida era casarse y tener hijos. Pero algo más grande rondaba por la cabeza de Marcus, algo de lo que no podía huir. Un pensamiento se había convertido en una piedrecita que rozaba al compás de sus pasos, poco a poco la idea fue formando una llaga.

Marcus escribía la historia de un amor complicado, un amor que se mantiene de recuerdos e ilusiones con la esperanza de que los problemas no sean lo suficientemente grandes. Escribía sobre un amor lleno de generosidad que hacía pensar a cualquiera que la solución era cerrar los ojos y desprenderse de todo. Sin embargo, él sabía que en realidad el amor es sobre todo ambicioso y caprichoso, tras un tiempo uno debe imponerse sobre el otro, y todo se convierte en sacrificios y momentos de tristeza, el amado se ensaña en lograr lo que quiere sin importar lo que con ello cause en el amante. En el amor no existe la reciprocidad. Pero, ¿cómo no pensar en la inocencia de un amor que nació como nacen los amores que aparentan ser verdaderos? Esos amores que llegan sin pensarlos, así simplemente llegan al alma llenos de cadenas enredadas en la luz que emana la fantasía de la plenitud. Al fin y al cabo, la persona no elige de quién se enamora, solo pasa, sin mediar más que un duelo de miradas.

Marcus siempre se dejaba llevar por su imaginación, escribiendo historias inventadas que iba puliendo al compás de su

pluma, se metía en la historia como si fuera la suya, sentía las sensaciones que él mismo iba describiendo en sus relatos.

Algo andaba mal en él, cada vez era más frecuente que empezara a confundir sus recuerdos con lo que escribía a diario. Hace una semana Marcus despertó temprano, se vistió de traje oscuro, salió a comprar unas flores en la calle y se sentó a esperar el bus que lo llevaría al Camposanto para visitar a su madre. Cuando llegó, observó que la tumba tenía flores sin marchitarse aún, sembró su mirada en la lápida y notó que el nombre que había en ella no pertenecía al de su madre. Llevaba tres años visitando la tumba, ¿sería posible que la hubieran movido sin su autorización? Caminó por entre las tumbas con aire de confusión, rabia y frustración; duró más de una hora pensando en cómo hallar la manera de darse una respuesta a lo que estaba pasando. De repente, como una revelación, recordó que su madre se encontraba aún en la casa donde fue criado hasta su adolescencia. Cuando tomó conciencia de esto, notó que llevaba tres años sin visitar a su madre y que había confundido sus recuerdos con las historias que escribía.

Mientras la pluma dirigía su mano, Marcus recordó qué tendría que verse con Maya en el café del centro a las cuatro de la tarde. Se reunirían con sus padres para darles la noticia de la boda. Dejó un párrafo sin terminar, una taza de café medio vacía y se dedicó a ensayar frente al espejo cómo hablaría ante sus suegros. Sabía que por más que lo repasara una y otra vez, no podría saber con seguridad cómo saldrían las cosas. Se puso un abrigo y una bufanda y salió con afán a esperar el bus.

Durante el recorrido, se acomodó el cuello del abrigo y la corbata frente al reflejo que se proyectaba en la ventana del

bus, revivía recuerdos y viajaba entre el mundo de su vida y el de sus fantasías. La cabeza le dolía un poco, su cara se veía agotada y sus ojos parecían petrificados. Pensó en el dolor que le causaría una negativa de los padres de Maya y luego pensó en el dolor que le generaba no poder compartir con ella sus sensaciones. ¿Qué pensaría Maya si le contaba lo que estaba ocurriendo en su mente? Tal vez desistiría de querer casarse, tal vez pensaría que estaba loco. El amor está lleno de contradicciones y miedos, lleno de fantasmas y pequeñas tormentas que se van formando en el alma, cada una deja su propio desastre. Pero, ¿cómo no contarle a su futura esposa la verdad? Ella era su única y más íntima confidente, a ella, hasta ahora, le había revelado sus pensamientos y sueños. Decidió que antes de hablar con los padres de Maya, le contaría a ella con desahogo su desdicha. Se sentía en una pesadilla, se estaba volviendo loco.

El tráfico estaba en su tope máximo, el frío de la tarde hacía sentir a la ciudad desolada, igual que como lo estaba Marcus. Su autobús estaba completamente detenido, parecía que no llegaría a tiempo para la reunión, intentó comunicarse con Maya, pero extrañamente no se acordaba de su número, y este tampoco estaba grabado en su celular. Escribió varias combinaciones de números que sentía familiares, pero ninguna dio resultado. Los nervios lo empezaron a invadir, no dejaba de hacer tronar sus dedos abriendo y cerrando la mano con rigidez, no había sido un buen día, no se había podido concentrar en su trabajo, se le había hecho tarde, no había podido comunicarse con Maya y su cabeza era un caos.

Decidió bajarse una estación antes de su parada, no soportaba más estar entre el tumulto de la gente, y ya llevaba diez

minutos de retraso. No quería perder más tiempo, el tráfico seguía denso y se demoraría más esperando en el bus que corriendo por un par de calles hasta el lugar del encuentro. Caminó rápidamente intentando esquivar los charcos que se formaban en el asfalto, sus zapatos lustrados ya estaban salpicados por el lodo, su corbata se ondeaba en el aire tratando de encontrar un punto estático. Cuando entró al café, vio a Maya de espaldas con el cabello recogido y un vestido blanco con flores. Junto a ella, un señor de bigote espeso y casi totalmente calvo, de no ser por el basto cabello a los lados que lo hacían parecer como un monje; también estaba una mujer mayor que dejaba ver aún un halo de juventud, tenía un labial encendido que combinaba perfectamente con su abrigo y su cartera.

Marcus pasó de largo intentando pasar desapercibido para ir primero al baño, se vio en el espejo, se secó el sudor de la frente, se acomodó la camisa dentro del pantalón, se ajustó la corbata, pasó su mano por en medio de su cabello y se dio una última mirada antes de salir. Mientras caminaba hacia la mesa, sintió sudor en sus manos, presión en el pecho y reseca la garganta; dibujó en su rostro un tono de inseguridad y, al estar justo detrás de Maya, tocó su hombro. La joven giró la cabeza y sonrió en un rostro irreconocible y nunca antes visto por Marcus. Apenado y estupefacto, sus ojos mostraron el sufrimiento que surgió de su pecho, la confusión y el sabor amargo de que la realidad no era más que una simple ilusión que lo llevaba a otro mundo soñado. Su única realidad fue siempre la soledad que lo acompañaba. Sí, el mundo real no es siempre lo querido, la imaginación nos juega una mala pasada en el mundo sensible.

